

La sorpresa de leer y no sólo consultar

LA manera más fantástica, interesante y divertida de usar un diccionario es comenzar por la primera entrada de la A, la misma letra A, y acabar con la última palabra de la Z. Leerlo, no sólo consultarlo por necesidad o distracción. Puede parecer despropósito, paradoja o broma de desocupado, pero esa forma de uso depara sorpresas inagotables e inflige un cilicio de humildad incluso al más docto: no sabemos todo, qué va, ni siquiera de lo que creemos entender. Así sucede con este diccionario famoso.

Sebastián de Covarrubias (1539-1612), toledano, maestrescuela y canónigo de la catedral de Cuenca, capellán de Felipe II y consultor del Santo Oficio, se propuso fijar el léxico que conocía: «Yo haré lo que pudiese, siguiendo la orden que se ha tenido en las demás lenguas, y por conformarme con los que han hecho diccionarios copiosos y llamándolos *Tesoros*, me atrevo a usar éste término por título de mi obra», declara en la presentación.

Miembro de una familia de ilustres humanistas -Covarrubias era el apellido de su madre, Horozco el del ilustre padre-, buen conocedor de la historia antigua, cómodo en el manejo de latín, griego y hebreo, trabajó durante cinco años en esta obra a su aire, con un sentido del orden muy personal y criterios que hoy censuraríamos por poco rigurosos. Mientras avanzaba el *Tesoro*, angustiado a partir de la C, redactaba también el *Suplemento* del propio *Tesoro*. Éste salió a la luz en 1611, entre la primera y segunda parte del Quijote. El *Suplemento* permaneció inédito.

Dos objetivos

En 1943 Martín de Riquer preparó una edición fiel, meticulosa, estupenda del *Tesoro*, desdichada en la distribución y después víctima de piratería facsilimar. El *Suplemento* lo dieron a la imprenta por vez primera hace cinco años Georgina Dopico y Jacques Lezra. Ahora Ignacio Arellano y Rafael Zafra, al frente de un nutrido equipo de especialistas, han puesto en orden ambos textos en un solo libro.

Arellano explica en las líneas que abren su prólogo el doble objetivo de esta edición del *Tesoro*: «primero ofrecer una versión íntegra de todos los materiales conocidos que preparó Covarrubias, es decir la

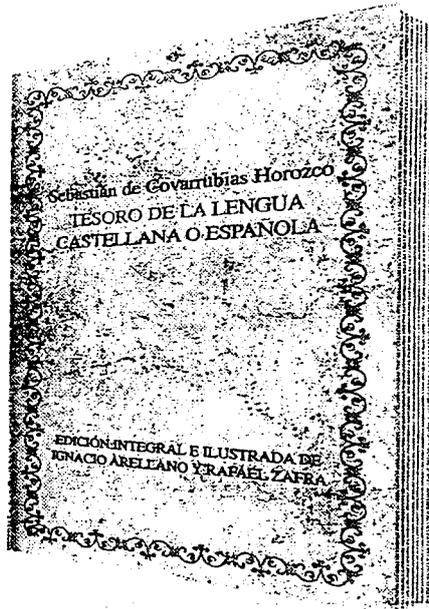
parte impresa en 1611 y el Suplemento manuscrito, custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid (...) y segundo, elaborar una edición moderna (...) con el fin de facilitar su consulta y manejo, manteniendo en todo lo posible el rigor crítico, teniendo en cuenta que el *Tesoro* ofrece una buena cantidad de problemas en cuanto a su ordenación y coherencia de su presentación gráfica y estructura de las entradas». Pero hay más, bastante más. La edición añade en apéndice las adiciones del P. Benito Remigio Noydens -que en 1674 relanzó el libro de 1611, incluidas erratas-, casi 1.400 ilustraciones de época, obtenidas de 185 fuentes, y un DVD que será tan útil como agradecido.

Algunos de los problemas que plantea la obra son insolubles, y tampoco es éste lugar para devanarlos. Pero basta asomarse a otra edición y advertir la dificultad de las abreviaturas, «el caos de grafías y de ordenación», la pulcritud de las citas en las tres lenguas antedichas, la arbitrariedad de entradas y subentradas. En todos esos puntos, esta edición es ejemplar. Añadiría la misma formulación de criterios editoriales, estrictos, para afrontar el trabajo. El análisis crítico que Arellano desgrana de ediciones anteriores (págs. XIV-XXVII) ayuda a entender los criterios de ésta (págs. XXVII-XLII), preparada principalmente a partir del ejemplar de la Biblioteca Municipal de Tudela.

Diccionario y oficina de curiosidades

El *Tesoro* es un monumento de la filología y referencia inevitable. Tan inevitable que, como ha escrito con ironía Francisco Rico, «más de un currículo se ha hecho por ahí sin otra cosa que extractos de Covarrubias a pie de página». Y monumento, porque no da sólo cumplida razón de palabras, que la da, sino de un mundo y de la forma de verlo en un momento: refranes,

Una edición meticulosa y espléndida, preparada aquí por un amplio equipo de especialistas, dirigido por Ignacio Arellano y Rafael Zafra



TÍTULO: Tesoro de la lengua castellana o española.
AUTOR: Sebastián de Covarrubias Horozco.
EDITORES: Ignacio Arellano y Rafael Zafra.
EDICIÓN: Universidad de Navarra. Iberoamericana. Vervuert. Real Academia Española. Centro para la Edición de Clásicos Españoles. 2006.
PÁGINAS: 1.644 + LXVI.
DVD: Studiolum. Budapest. (1,84 GB)
PVP.: 120 EUROS.

canciones, tópicos y prejuicios, lecturas, creencias y descripciones de primera y segunda mano, etimologías populares y cultas. Y en todo momento tenemos la impresión de oír las voces de mujeres, hombres y niños de variada condición en una sociedad fuertemente condicionada por lo que Caro Baroja llamó, con un título antidurkheimiano, «las formas complejas de la vida religiosa». Una religión monolítica, pero con conversos recientes, criptojudizantes y moriscos apenas cristianizados.

En otras palabras: el Covarrubias es diccionario y tiene mucho de «enciclopedia, miscelánea, oficina de curiosidades, silva de varia lección», trabajada por un erudito con bagaje clásico y agudo sentido de la lengua romance. Valga un ejemplo. La palabra *cebolla*. Covarrubias la deriva del latín *cepa* -más bien, será *cepulla*-, aporta testimonios de fray Pedro de Palencia -para él *cebolla* era árabe-, Dioscórides, La-

guna y Ovidio, y añade: «Con este vocablo prueban a los que sospechan ser moriscos, porque pronuncian *sebolla*, y aun los andaluces y valencianos, y gente de cerca de la mar». Cincuenta páginas antes, *caimán* es «pez lagarto que se cria en las rías de Indias, y se come los hombres que van nadando por el agua, y por ser el nombre de aquella lengua bárbara no me han sabido dar su etimología; debe ser a modo de los cocodrilos que se crían en el río Nilo». *Caimán* es voz taína y Covarrubias no sabía de los taínos -ni de *tabaco*, *patata* o *pimiento*-, pero sí, y mucho, del *cocodrilo*, vocablo «corrompido de cocodilo», que es la palabra griega y latina para designar a este anfibio que «significa a Egipto, por ser peculiar bestia de aquella provincia, y también el río Nilo, por criarse en él».

La edición integral la enriquecen las numerosas y oportunas ilustraciones, seleccionadas con rigor parejo al demostrado en el tratamiento del texto. Los grabados no son ornamentales, ni capricho de eruditos. El Barroco vivió con naturalidad lo que para nosotros puede ser saturación de mensajes plásticos, no sólo en la imprenta. La vida, privada y pública, se cifraba en emblemas, blasones y alegorías morales. Covarrubias se refiere a tales representaciones sin necesidad de insertarlas. Las da por sabidas. Hoy no es así y se alegraría de verlas en su libro, incluidas las posteriores, como la *Encyclopédie*.

La edición electrónica contiene la transcripción íntegra de la obra, más el facsímil de la edición de 1611 y del manuscrito del *Suplemento*. Cada entrada enlaza con su página facsímil, y la búsqueda, que se puede restringir por lenguas, ofrece remisiones internas en hipertexto. No se puede aumentar el cuerpo de los tipos ni copiar los grabados, limitación que, supongo, no arredrará a los informáticos.

Una edición, pues, espléndida. Restituye un clásico con patrones claros -la modernización de la ortografía, por ejemplo-, lo enriquece con ilustraciones adecuadas y lo agiliza con el texto digital, infinitamente más rápido y eficaz que cualquier sistema de índices. El lector actual tiene en este Covarrubias una ventana privilegiada a la mentalidad real, erudita y popular, de uno de los períodos más grávidos de nuestra cultura. Hoy acaso hubiera sido bueno traducir las citas latinas, dada la ignorancia de esa lengua incluso entre clérigos y titulados en Románicas.

Edición de la que podemos presumir, porque se ha preparado aquí y que demuestra el talento y el esforzada tenacidad de sus autores. «Siempre he pensado que a los libros les sucede lo que a las cassas, que el agrado del exterior, luz y jardines obliga a desear vivirlos, como a los libros la buena ynpresión a leerlos», escribía en 1620 el duque de Sessa al conde de Roca. Es el caso. Un magnífico regalo para estos días.